

DEL GRITO DE DOLORES  
AL PLAN DE IGUALA  
El proceso de emancipación  
del Virreinato de la Nueva España

José SEMPRÚN BULLÓN<sup>1</sup>

*RESUMEN*

En el contexto de las insurrecciones americanas que estallan en 1809-10, tiene lugar en el virreinato de Nueva España (Méjico) una revuelta de carácter indigenista y extensas proporciones.

A lo largo de los meses y años siguientes, las fuerzas virreinales, apoyadas por el elemento criollo (a diferencia de lo que acontece en muchas provincias del continente sudamericano), logran reducir la revuelta, prácticamente dominada en 1820.

Sin embargo, la revolución española de principios de ese año, y las consecuencias políticas que parecen previsibles, hacen que muchos de los dirigentes políticos y militares, hasta ese momento decididamente realistas, planteen un movimiento secesionista que mantendría el statu quo económico y social-racial hasta entonces vigente, y en general el orden virreinal.

---

<sup>1</sup> Historiador.

El levantamiento, que será conocido como «trigarante» dá comienzo en febrero de 1821 y se hace en pocos meses con casi todo el territorio del virreinato, que gana así su independencia política. Si bien, claro está, con un carácter muy diferente del previsto por los insurgentes de la etapa anterior.

*PALABRAS CLAVE:* virreinato, Hidalgo, Calleja, Calderón, Morelos, guerrillas independentistas, Apodaca, filibusteros, Texas, contrainsurgencia, Mina, Santa Anna, Iturbide, trigarante, revolución de Riego, tratado de Córdoba, San Juan de Ulúa.

#### *ABSTRACT*

In the context of the American insurrections that broke out in 1809-10, a revolt of indigenous character and extensive proportions took place in the viceroyalty of New Spain (Mexico).

Over the following months and years, the viceregal forces, supported by the Creole element (unlike what happens in many provinces of the South American Continent), managed to reduce the revolt, practically dominated in 1820.

However, the Spanish revolution at the beginning of that year, and the political consequences that seemed foreseeable, make many of the political and military leaders, until that moment decidedly royalist, propose a secessionist movement that would maintain the economic and social-racial status quo, until then in force, and in general the viceregal order.

The uprising, which will be known as «trigarante», began in February 1821 and in a few months controlled most of the viceregal territory, that wins thus its political independence. Although, of course, with a very different character from that foreseen by the insurgents of the previous stage.

*KEY WORDS:* Viceroyalty, Hidalgo, Calleja, Calderón, Morelos, independentist guerrillas, Apodaca, filibusters, Texas, counterinsurgency, Mina, Santa Anna, Iturbide, trigarante, Riego revolution, treaty of Córdoba, San Juan de Ulúa.

\* \* \* \* \*

*Las diversas y contradictorias fases de la contienda independentista en Méjico*

**E**n vísperas del comienzo de los movimientos que conducirían a la independencia política de los estados de la América Latina, a principios del siglo XIX, el virreinato mejicano era sin duda la más importante de las posesiones de España. Su población alcanzaba los seis millones de habitantes –formada por unos 15.000 españoles peninsulares, algo más de un millón de criollos, 1.300.000 mestizos y el resto indios, estos en diferentes grados de asimilación o integración–.

La capital, con 160.000 habitantes, era la mayor de la América española, y una gran ciudad incluso para los criterios europeos del momento. Los ingresos anuales de su hacienda eran unos catorce millones de pesos y los gastos alrededor de seis millones; del resto, la mitad, por término medio, se utilizaba para enjugar el déficit de provincias periféricas del virreinato: Cuba, Puerto Rico, Florida, y hasta su retrocesión a Francia en 1801, Luisiana<sup>2</sup>.

Las fuerzas armadas virreinales, como las de los demás territorios americanos, estaban formadas por unidades veteranas, de la milicia provincial y urbana, además de algunas formaciones peculiares destacadas en las zonas fronterizas.

Las consideradas como veteranas eran los regimientos de infantería de la Corona, Nueva España, Méjico y Puebla, a dos batallones cada uno, el batallón Fijo de Veracruz y las compañías fijas afectadas a la guarnición de los puertos y bases navales de Acapulco, San Blas y el Carmen; de caballería había tres regimientos de dragones, España, Méjico y el Carmen.

Eran estas unidades las únicas que se encontraban a un nivel próximo al de plena operatividad al comienzo de la revolución; con un aceptable nivel de entrenamiento, contaban con una proporción de peninsulares entre su tropa de alrededor del diez por ciento –ninguna unidad alcanzaba el treinta que se consideraba idóneo en las de esta categoría–.

Las milicias provinciales o regladas eran siete regimientos de infantería, igualmente a dos batallones, cada uno de éstos formado por cinco compañías y con unos efectivos teóricos, en tiempo de paz de 825 hombres y tras su movilización de 1.350; había además otros tres batallones y dos compañías independientes<sup>3</sup>. Las fuerzas montadas pertenecientes a esta

<sup>2</sup> Un peso equivalía a 20 reales, a un dólar americano y a la quinta parte de una libra esterlina. Es difícil calcular su valor en monedas actuales, pero seguramente podría fijarse en unos 23-24 euros de 2021.

<sup>3</sup> Un inventario de las unidades de milicias en la etapa inmediatamente anterior a la contienda en J. Albi, *La defensa de las Indias*. Madrid, 1987, pp. 94 y sigs.

categoría eran nueve. Además existían, desplegadas en las zonas costeras, unas compañías de «blancos y pardos» (mestizos), en diez divisiones –que agrupaban de cinco a ocho de aquellas–.

Por último figuraba entre las fuerzas virreinales buen número de unidades de milicia urbana o no reglada, si bien como su nombre indica eran contingentes de muy bajo nivel de organización. Cabría mencionar entre ellas al regimiento del Comercio de Méjico y su homónimo de Puebla, así como otras vinculadas a diversos gremios y corporaciones. Más tarde tendremos ocasión de aludir a cómo precisamente en este territorio las unidades de milicia urbana podrán actuar con alguna eficacia a lo largo de la contienda.

La artillería de campaña, dependiente de una brigada orgánica creada poco tiempo antes, estaba formada por seis compañías.

En el norte, la zona fronteriza con las áreas no colonizadas, aunque pertenecientes jurídicamente al virreinato, pobladas por tribus de indios no asimilados y en un nivel muy bajo de civilización, existían los «cuerpos de frontera» –caballería de Sierra Gorda, dragones de San Luis y Nuevo Santander cada uno con cuatro compañías– y las llamadas compañías presidiales y volantes.

Dicha «frontera» corría en aquellos momentos algo al Norte del actual límite entre Méjico y los Estados Unidos, incluyendo la costa de California hasta la bahía de San Francisco, una zona de Tejas próxima al golfo de Méjico y un entrante hacia el Norte a lo largo de las Montañas Rocosas en el actual estado de Nuevo Méjico, donde se encontraban las poblaciones de Santa Fe y Taos.

Los puntos guarnecidos recibían el nombre de resonancias clásicas de «presidios» y en cada uno de ellos tenía su asiento una de dichas compañías. Formadas por unos efectivos de 70 a 100 hombres, usualmente contaban con contingentes auxiliares formados por indios integrados por alianzas, a veces muy antiguas, en el sistema virreinal. En total existían unas 25 compañías presidiales –entre ellas cinco en California, siete en Nueva Vizcaya, seis en Sonora, cuatro en Coahuila y dos en Tejas– y cinco volantes, es decir no afectadas a una guarnición fija; además de otras tres formadas por indios ópatas y pimas, de proverbial fidelidad.

No existía ninguna unidad peninsular, es decir perteneciente al denominado «ejército de refuerzo», como por otra parte tampoco en aquel momento en ningún otro territorio americano.

En el virreinato mejicano, como en todas las otras posesiones de España se acatan sin mayores dificultades los cambios políticos que tienen lugar en la Península en 1808: abdicación de Carlos IV, caída de Godoy, alzamiento contra los franceses con la correspondiente finalización de la preexistente guerra con Inglaterra, constitución de la Junta Central.

La adhesión en aquellos momentos a la causa de la Metrópoli en guerra con la primera potencia militar de Europa es unánime en el virreinato; las suscripciones de fondos con destino al esfuerzo bélico encuentran amplia respuesta. Y en un punto periférico, en la isla de Santo Domingo –cedida a Francia por la paz de Basilea en 1796–, estalla un alzamiento contra las fuerzas de ocupación francesas que en poco tiempo consigue la rendición de éstas y la reintegración, en un proceso casi exclusivamente autóctono al sistema de las posesiones españolas.

Existían en Nueva España, situación lógica en colectividad tan compleja, cierto número de contenciosos que enfrentaban a diversos sectores o grupos sociales : españoles peninsulares, clases superior y media de origen criollo, mestizos, indígenas –aún entre éstos se podría distinguir entre diferentes subgrupos en base a su diferente situación económica y social y su grado de asimilación al sistema virreinal– bien entre sí, bien con la autoridad virreinal o con ciertos aspectos de la política seguida por ésta.

Contenciosos que dadas las circunstancias encuentran ahora una ocasión para manifestarse. Algunos de ellos tan comprensibles como los derivados del malestar en amplios sectores de las clases «contribuyentes» ante la mala administración de los fondos del erario virreinal atribuida a Godoy y su camarilla. Y conflictos en fin que no tenían en modo alguno porque traducirse en actos de rebelión con objetivos maximalistas; aunque aquí como en otros puntos de América se producirá en pocos meses una notable aceleración en la situación política.

En septiembre de 1808 el «partido español» provoca la destitución del virrey Iturrigaray al que se considera una hechura del caído primer ministro Godoy y favorable al partido criollo, al que la nueva autoridad persigue los meses siguientes; a su vez miembros destacados de éste participan en alguna conspiración o proyecto, todavía de escasa virtualidad con un propósito más o menos vagamente insurreccional.

Pronto se produciría un acontecimiento que cambiará de forma radical la situación política.

Ya en 1809 habían tenido lugar en el continente sudamericano –por no hablar de la sucesión de crisis políticas en el virreinato de Buenos Aires– algunas rebeliones, todavía de escasa importancia y no abiertamente independentistas, en el Alto Perú y Quito; alzamientos reprimidos con facilidad –y severidad– por las fuerzas del virrey de Lima.

El año siguiente, en cambio, la ocupación de Andalucía –a excepción de la plaza de Cádiz– por el mariscal Soult origina en toda la América del Sur una auténtica cascada de alzamientos que esta vez triunfan en gran parte del territorio. En casi todos los casos el movimiento insurreccional está

dirigido por las clases superiores de cada provincia, de mayor nivel cultural y de origen –más o menos aproximativamente– español. Así en Venezuela y Nueva Granada, donde se enfrentarán a una fuerte reacción pro-realista de las clases más desfavorecidas, los llaneros de Boves, los indígenas guajiros, y los habitantes de la atrasada región de Pasto en el Sur del virreinato; también será el caso de Chile e incluso el de Buenos Aires. Una excepción es el del Alto Perú donde en los primeros años de la lucha los insurrectos cuentan con importantes núcleos indígenas<sup>4</sup>.

En Méjico en esos primeros meses no se produce movimiento insurreccional ni simplemente subversivo por parte de ningún sector de las clases superiores; por el contrario en septiembre de ese año tiene lugar la rebelión que acaudilla el cura Hidalgo con su célebre «grito de Dolores» y que con un matiz fuertemente indigenista prende con rapidez en amplias áreas de la zona media del virreinato. Los insurrectos se apoderan en pocos días de la importante plaza de Guanajuato, a continuación de Valladolid, y pronto avanzan hacia ciudad de Méjico, mientras sus ya nutridos contingentes aumentan numéricamente como bola de nieve, y se entregan a todo tipo de excesos, dando muerte a más de dos mil españoles, militares y civiles.

En pocos semanas alcanzan cifras de combatientes verdaderamente fantásticas en comparación con las que serán usuales en toda la contienda americana; al atacar Valladolid son ya 80.000, aunque no parece necesario mencionar su absoluta falta de organización, disciplina, armamento moderno, y en una palabra eficacia militar de ninguna clase. Dispondrán en cambio de una numerosa artillería a base de las piezas capturadas, e incluso algunas fabricadas por ellos mismos, de madera reforzada con metal.

El carácter ideológico y racial del movimiento tiene como inmediata consecuencia hacer alinearse en el bando realista a los miembros de las clases superiores del virreinato; peninsulares y criollos se aprestan con decisión a la lucha haciendo causa común con las fuerzas del virrey.

Con diversos matices estos planteamientos se mantendrán durante toda la etapa inicial y la subsiguiente; sin embargo el triunfo en España de la revolución liberal de 1820 hará que afloren de forma incontenible las contradicciones de dicha situación y la hagan replantearse, con las consecuencias que en su momento veremos.

En algunas de las provincias periféricas del Norte se producen, con diferentes matices, alzamientos a favor de la insurrección, a la que se suman de forma pasiva. Aunque tras las primeras derrotas de ésta, elementos pro-realistas de esos territorios se contraponen y vuelven al control de la autoridad virreinal.

---

<sup>4</sup> Para una visión general del conflicto americano, ver J. Albi, *Banderas olvidadas*. Madrid, 1990.

Más grave para la causa realista es el paso a la insurgencia de algunos de sus contingentes militares. En las primeras semanas de la insurrección varias de sus unidades se amotinan, algunas por sus propios oficiales y se suman, al completo o en importantes fracciones a los contingentes de Hidalgo; se trata de los regimientos de dragones de la Reina, rebelada bajo la inspiración de sus oficiales criollos Allende y Aldama, de otros tres del mismo Instituto, otros tantos de infantería y el batallón de Guanajuato; todos ellos de la milicia provincial.

No se suma en cambio a los insurgentes ninguna de las unidades veteranas —si bien sus adversarios no podrán inicialmente contar con uno de sus regimientos de infantería, el de Puebla, destacado en la isla de Cuba— y de los cuerpos de la frontera, a excepción de algunos de éstos, temporal y pasivamente pronunciados. En cualquier caso la merma que sufren las fuerzas virreinales con estas deserciones es importante, más de la tercera parte de las fuerzas de milicia reglada, buena proporción de ellas en la en esos momentos principal zona de operaciones. Ahora bien, el bando insurgente no obtiene con ello el correspondiente aumento de su capacidad bélica; al contacto con las indisciplinadas masas insurgentes las unidades pierden pronto toda disciplina y organización —en un proceso que tendrá similitudes con otros de época más reciente— y en poco tiempo toda utilidad militar.

A toda prisa las fuerzas virreinales organizan dos cuerpos principales de operaciones, mandados respectivamente por el brigadier Calleja, al que volveremos a encontrar, y Manuel Flon, intendente de Puebla y miembro de la nobleza criolla. Mientras, una tercera y muy reducida columna formada por fuerzas de la guarnición de la capital —en número de unos 2.000 hombres y mandada por el teniente coronel Trujillo— se enfrenta en el Monte de las Cruces con los contingentes del caudillo insurgente; si bien abrumada por el número no puede obtener la victoria, causa tal cantidad de bajas a las fuerzas de Hidalgo que éste debe aplazar el ataque a Ciudad de Méjico. A continuación Calleja cae sobre su contingente principal y le inflige una grave derrota en Aculco el 7 de noviembre. A costa de muy pocas bajas, rechaza a las fuerzas insurgentes que sufren graves pérdidas; los prisioneros hechos en la acción son quintados.

A comienzos del año siguiente un contingente mandado por el coronel Arredondo actúa sobre las provincias del Noreste; y el gobernador de Sinaloa García Conde, con fuerzas presidiales del sector Noroeste derrota a los insurgentes de esa zona, que capitanea Hermosillo.

Mientras, el cuerpo principal realista formado por unos 7.000 hombres al mando de Calleja marcha sobre el grueso de las fuerzas de Hidalgo en Guadalajara. Cuenta éste en estos momentos con una muchedumbre de

partidarios, acaso unos cien mil, con casi un centenar de cañones, muchos de ellos procedentes de la base naval de San Blas, en la costa del Pacífico, tomada en noviembre por otro jefe rebelde, el cura Mercado.

El 17 de enero tiene lugar el encuentro en el puente de Calderón; los realistas obtienen una victoria completa, con apenas un centenar de bajas.

Tras esta derrota el contingente principal de los insurgentes se dispersa. Hidalgo y otros jefes se retiran hacia el Norte, mientras van siendo abandonados por muchos de sus seguidores; al tratar de dirigirse a los Estados Unidos caen en poder de las fuerzas realistas; el jefe insurgente y dieciocho de sus oficiales son pasados por las armas.

La jefatura principal de la insurgencia pasa ahora a López Rayón que temporalmente ocupa Zacatecas. Mientras otro cura, Morelos, inicia a principios de 1811 la actividad insurgente en el Sur, donde no tardará en obtener éxitos de importancia aprovechando la circunstancia de que, como sabemos, la mayor parte de las fuerzas eficaces disponibles para la causa realista están siendo utilizadas en el sector centro-norte.

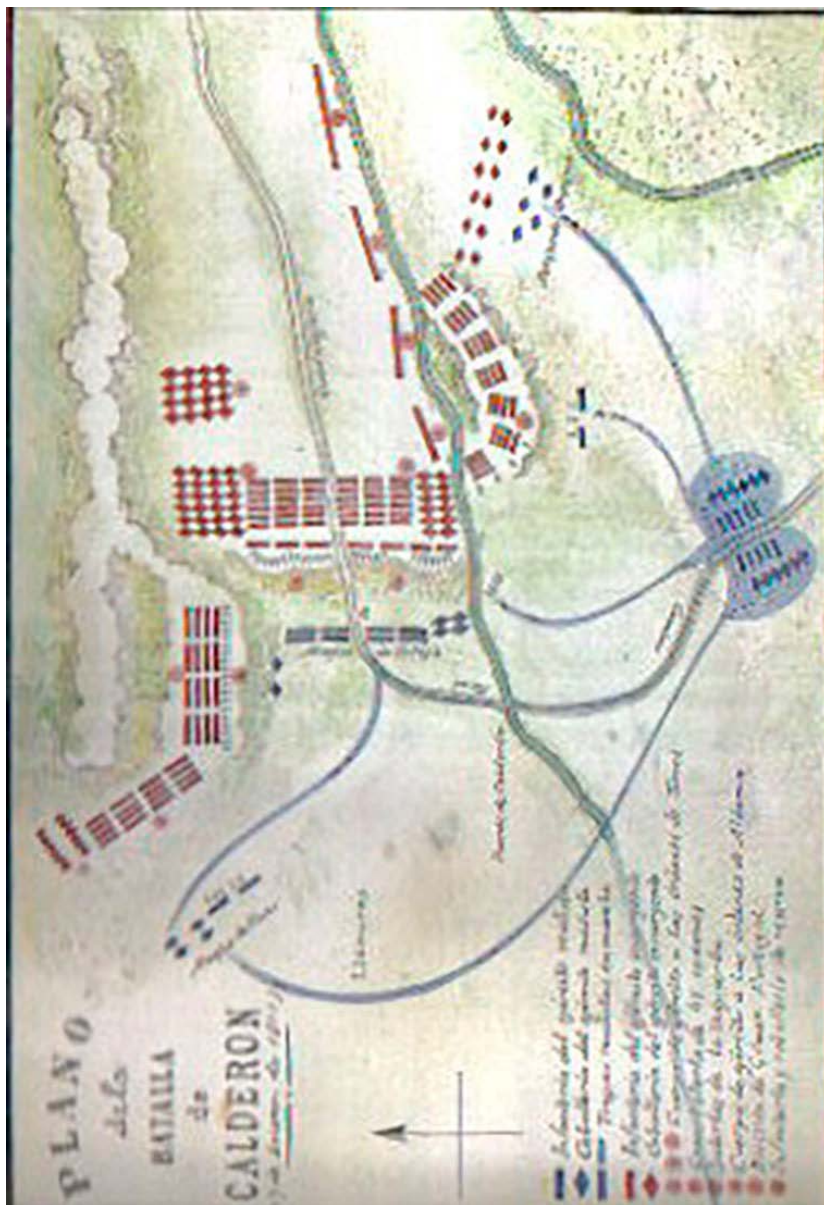
Pronto el nuevo caudillo se convierte en el sucesor de Hidalgo a la cabeza de la insurrección. Dará a la lucha un carácter ideológico, en apariencia al menos, no tan radical y declaradamente indigenista, lo que le permitirá o facilitará ampliar su base hacia ciertos sectores de la burguesía o el elemento criollo. Por otra parte se preocupará de aumentar el nivel cualitativo de sus fuerzas, aún a costa de disponer de un número de efectivos más reducido.

A lo largo de los meses siguientes conseguirá logros en el nivel de organización, disciplina, armamento y efectividad de sus fuerzas, que aunque infinitamente menos cuantiosas que las que secundaron el movimiento revolucionario en sus primeros momentos, no por ello dejan de ser importantes; en su momento de máxima expansión en 1813 alcanzan una cifra próxima a los 20.000 combatientes organizados. Se articulan en regimientos de alrededor de un millar, y en el de los «cincuenta pares», escolta del caudillo insurgente.

Deben atender las autoridades virreinales al levantamiento de fuerzas para combatir a la rebelión. Proceden en primer lugar a la movilización de las fuerzas de la milicia provincial que han permanecido fieles y tras obtener las primeras victorias sobre los insurrectos, lo que les proporciona un pequeño respiro, a la sucesiva reorganización de las unidades que han pasado a la insurrección en las primeras semanas.

Pero pronto estos contingentes se revelarán numéricamente insuficientes para sostener la lucha de las características de la que tiene lugar en el virreinato. El carácter irregular y de campaña de guerrillas y formaciones móviles que adquiere la campaña hace que las fuerzas del orden necesiten





Plano de la Batalla de Calderón

gran número de tropas para atender a la guarnición de plazas, vías de comunicación y demás puntos de interés militar, y para dar caza a las partidas insurgentes.

En consecuencia se procede, mientras llegan refuerzos procedentes de la Península, a levantar sucesivamente nuevas unidades. Durante los tres primeros años de la contienda se crean, como fuerzas veteranas, el regimiento Fijo de Veracruz, que sustituye al batallón preexistente; tres regimientos de caballería –los dragones del Rey, los de Moncada y el de Fieles de Potosí– y otros tantos batallones de infantería ligera; además se despliega en el virreinato, donde permanecerá, la unidad que se había creado con la finalidad de constituir la guarnición veterana de la reanexionada isla de Santo Domingo.

La adhesión de que goza la causa realista entre la poderosa aristocracia local, claramente concienciada por los propósitos y hechos de la revolución indigenista, supone a los mandos virreinales un importante apoyo económico y social. Los llamamientos a la entrega de fondos obtienen en general buena acogida; por otra parte los miembros de la clase superior emplean la influencia de que gozan sobre otros sectores sociales o sus propios dependientes para extender entre ellos el apoyo al bando realista, consiguiendo en este sentido apreciables resultados.

Así el poderoso hacendado conde de la Cortina afirma, sin duda con exageración, haber aportado a la causa del Rey –además de 1.700.000 pesos al fondo de guerra– el apoyo de las 70.000 personas empleadas directa o indirectamente en sus diez haciendas; lo mismo hacen, en otra medida, importantes hacendados o propietarios de minas.

Pronto se llegará incluso a la organización de cuerpos para la lucha, formados a la manera de una policía rural por los peones de numerosas haciendas pertenecientes a dichos miembros de la aristocracia o alta burguesía de origen peninsular o criollo, e incluso de unidades organizadas a la manera de las virreinales. El conde de Casa Rul, gran hacendado y jefe militar que caerá en combate en Cuautla en 1812, organiza a sus empleados en dos batallones conocidos como «los Yedras», por el color de su uniforme; el ya nombrado conde de la Cortina organiza a su costa ocho compañías que se atribuirán la participación en cerca de doscientas acciones bélicas de diverso tipo y causar medio millar de bajas al enemigo<sup>5</sup>.

Por otra parte, no se piense que el apoyo a la causa revolucionaria es unánime en las clases inferiores de la sociedad virreinal, o los indígenas menos asimilados. Evidentemente esta es sustancial y podemos fácilmente

<sup>5</sup> C. Archer, *The army in Bourbon Mexico*. Albuquerque, 1977. También Doris Ladd, *The mexican nobility at Independence*. Austin, 1976.

inducir que sin ella los insurrectos no hubieran sido capaces de sostener la larga campaña de guerrillas a que vamos a asistir; pero aun así, por muy variadas razones la causa realista tendrá el apoyo pasivo, y en muchas ocasiones activo, de importantes sectores populares.

Nos referimos a un apoyo espontáneo en los primeros meses del conflicto, no ya al más organizado al que tendremos ocasión de aludir. Así, en muchas áreas del virreinato los insurgentes encuentran, al pretender la ocupación de pequeñas localidades, poblados o rancherías, la decidida oposición de sus habitantes –en muchas ocasiones prácticamente desarmados– que refuerzan o sustituyen a la corta o inexistente guarnición, o sirven de eficaces auxiliares a las fuerzas del orden en la persecución de las formaciones guerrilleras que actúan en mayor o menor medida en amplias zonas del virreinato.

El mencionado carácter de la guerra permitirá jugar en ella un papel de cierta efectividad a las fuerzas de la milicia urbana, en la vigilancia de ciudades, vías de comunicación y otros puntos de interés militar, liberando así a otras fuerzas, veteranas o provinciales, que pueden ser utilizadas en operaciones de mayor envergadura.

En los primeros meses de la insurrección la refuerzan nuevas unidades; entre ellas, como más organizadas, las del Cuerpo de Patriotas de Fernando VII, con tres batallones, en la capital, y el regimiento de Voluntarios de Fernando VII con dos, en el puerto de Veracruz. También se crean en el sur del virreinato dos nuevas divisiones de Pardos. Más adelante se combina a las unidades de la milicia urbana de alguna virtualidad con otras de la provincial en diez «brigadas» territoriales.

Aun así, buen número de las unidades de la milicia urbana tendrán una participación menor en la contienda; muchos de sus miembros, pronto denominados los «chaquetas» permanecerán en las ciudades procurando emboscarse y eludir todo servicio activo. Si bien su simple existencia tiene un efecto, siquiera disuasorio, sobre los partidarios de la insurrección.

Actúa en estos primeros meses en la capital un contingente de éstos, que llevan a cabo acciones que hoy denominaríamos «quintacolumnistas», e incluso inician una incipiente guerrilla urbana; en agosto de 1811 tiene lugar una tentativa de secuestro del virrey Venegas –en conexión con la guerrilla de Rayón–.

Las autoridades responden creando la denominada Junta de Seguridad, que llevará a cabo las funciones de una policía política/unidad de contrainsurgencia. Se efectuará una eficaz acción de encuadramiento y control de la ciudad por barrios, que recuerda a acciones similares realizadas –y no siempre con el mismo éxito– por las fuerzas del orden en conflictos contemporáneos<sup>6</sup>.

<sup>6</sup> La reglamentación de estas fuerzas de seguridad en SHM cdf 2247.

Mientras tanto ha surgido entre la oficialidad de las fuerzas realistas el que pronto descollará como su jefe más dinámico y eficaz: el brigadier Calleja, el Tamerlán español como le calificará, con –a nuestro modo de ver equivocada– intención peyorativa, un historiador adepto a la causa insurgente.

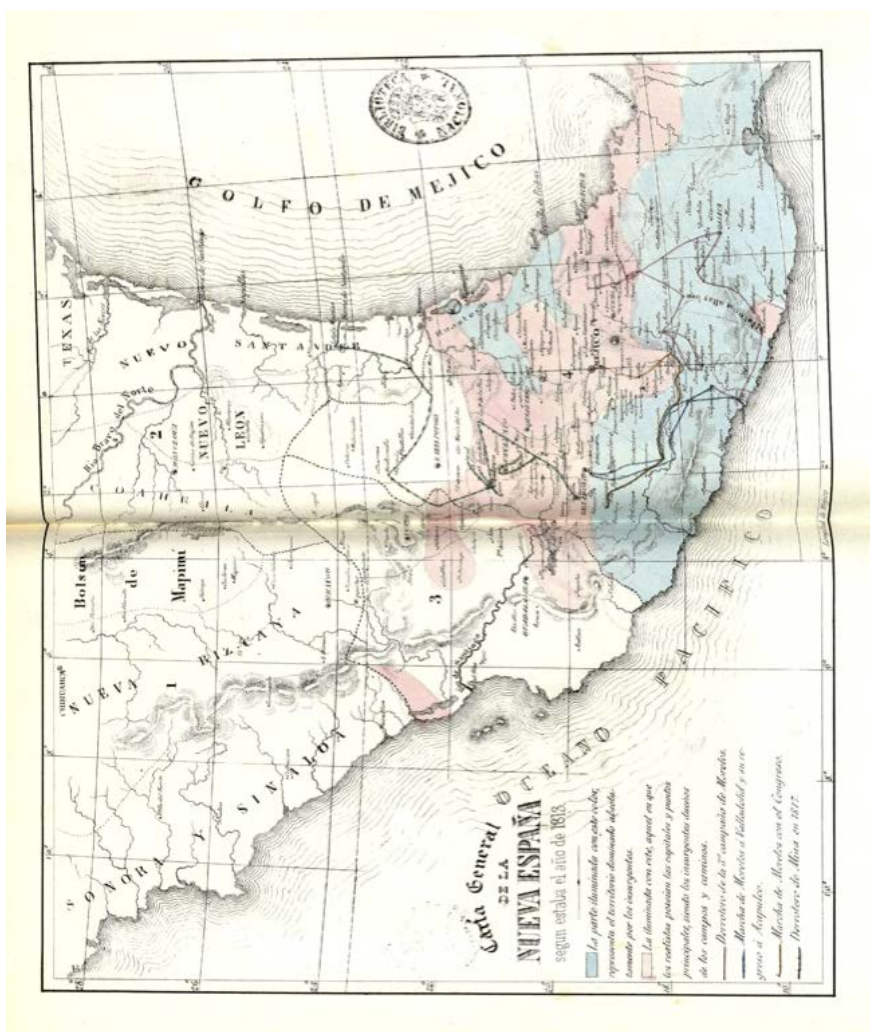
Tras la derrota de Hidalgo y durante todo el año siguiente actuará como lo que T. Anna denomina un «pequeño huracán», en el combate y la dirección de las operaciones contra las guerrillas independentistas en la zona centro-norte del virreinato. Asume el mando del denominado Ejército del Centro; recluta y organiza fuerzas, –propone la movilización forzosa de todos los europeos y realiza sucesivas levadas de mendigos y desocupados– reglamenta a otras creadas espontáneamente (junio de 1811), busca y obtiene fondos de las clases adineradas o de las jerarquías eclesiásticas, y está presente en multitud de pequeñas acciones bélicas. Sucederá en febrero de 1813 al general Venegas en el cargo de virrey, que conservará hasta septiembre de 1816, es decir, como veremos, durante los años en que se infligen decisivas derrotas a las fuerzas insurgentes.

Pocos meses tras el inicio de la insurrección comienza el refuerzo de las fuerzas realistas con unidades expedicionarias enviadas desde la Metrópoli. Nueva España, que como sabemos es el territorio americano de mayor importancia política y económica, figura en primera fila en la planificación de la campaña contra la insurgencia –más exacto sería decir insurgencias, por el muy diferente carácter de muchas de ellas– americana.

En estos primeros tiempos marchan con destino a Nueva España, virreinato al que acceden por el puerto de Veracruz, ocho regimientos –en realidad batallones, al estar formados por una sola de estas unidades– de infantería. Sucesivamente parten, entre noviembre de 1811 y la misma fecha del año siguiente, el Primero americano, el tercero de Asturias, el segundo de Tiradores de Castilla, el de Lobera, el tercero de Zamora, el de Fernando VII y el primero de Extremadura; en febrero de 1813 lo hace el de Saboya.

Además se envía a la Habana, donde queda en calidad de lo que podríamos denominar reserva inmediata –y que de hecho no será desplegado en ningún momento en el territorio continental– el segundo Americano.

Todas estas unidades y las que llegarán en fechas posteriores están formadas inicialmente por peninsulares; sin embargo una vez en aquél, la reposición de las bajas que experimentan por enfermedad, combate u otras causas bélicas, desertión o licenciamiento de sus componentes, se realiza usualmente con personal americano o bien –en casos minoritarios– con peninsulares allí residentes



Carta General de la Nueva España

Con el tiempo, claro está, la proporción de estos elementos autóctonos en las unidades consideradas como expedicionarias llega a ser sustancial, si no elevada; a pesar de ello, a todos los efectos se sigue considerando a estas formaciones como de aquel carácter.

Veremos en el momento final de la lucha algunas cifras que pueden aproximarnos a la realidad del origen de sus componentes. De momento recordemos algunos datos sobre las vicisitudes iniciales de alguna de ellas. Así el Tercer batallón de Asturias, que a poco de su llegada es diezmado en combate con los insurgentes –más de 500 bajas, entre ellos 200 prisioneros, que son en su casi totalidad ejecutados–; el Tercero de Zamora totaliza cerca de 500 bajas –no definitivas– por enfermedad durante la travesía y los primeros días de permanencia en Veracruz. Mientras, una fracción del Primero americano se amotina durante la travesía; la revuelta puede ser dominada como otras similares y no tendrá mayores consecuencias, pero ello nos da idea de la baja moral del contingente.

Debe recordarse que ninguna de estas unidades enviadas a América está formada por fuerzas de élite, escogidas, o especialmente preparadas; por el contrario se trata con escasísimas excepciones de unidades regulares designadas por sorteo y formadas por mandos y tropa en algunos casos con más o menos experiencia bélica en la guerra de Independencia, pero en otros muchos se trata de reclutas de reciente incorporación.

Aunque en realidad las condiciones en que se desarrolla la campaña americana hacen que una vez superados los primeros incidentes a que da lugar el envío y «aclimatación» de las unidades, éstas participan en las operaciones con eficacia, si no con especial brillantez. Lo mismo puede decirse de las fuerzas de la milicia provincial, que igualmente en poco tiempo adquieren una experiencia bélica y un espíritu similar al de las unidades veteranas.

Mientras tanto, en 1811 Morelos ha obtenido éxitos de importancia: ha tomado Cuautla y ocupado Acapulco –si bien en esta ocasión no puede apoderarse de su castillo– y sus fuerzas dominan, aunque no de forma completa, una amplia zona en el sector centro-sur del virreinato.

Amenazan incluso la capital, que cuenta en estos días con muy pocas fuerzas para su defensa. A principios de 1812 Calleja marcha sobre Cuautla a la que pone sitio, lo que da lugar a una larga campaña en torno a la plaza, defendida personalmente por Morelos y a la que tratan de auxiliar desde el exterior otros contingentes independentistas mandadas por Bravo.

Los realistas terminan por tomar la ciudad en mayo de aquel año, pero Morelos ha podido evacuarla con buen número de sus tropas. Debido a este fracaso –parcial– y sobre todo a los celos e intrigas de otros mandos,

el virrey disuelve el Ejército del Centro que manda Calleja y éste pasa unos meses en retiro en ciudad de Méjico, hasta tomar posesión del cargo de virrey. En noviembre Morelos se apodera de Oaxaca donde sus fuerzas cometen todo tipo de tropelías.

En abril del año siguiente las fuerzas de Morelos atacan Acapulco, defendida por sólo 350 hombres, puerto que en esta ocasión logran tomar tras casi cinco meses de asedio. Mientras tanto un congreso insurgente reunido en Chipalcingo proclama la independencia de «Anáhuac». Morelos asume ante él el título de «Siervo de la Nación».

Sin embargo en diciembre de ese año el caudillo del Sur tiene un fracaso ante Valladolid, donde sus fuerzas experimentan graves pérdidas. Durante los meses siguientes una gran contraofensiva virreinal obtiene éxitos sucesivos; uno de los principales lugartenientes de aquél, Matamoros, es hecho prisionero y fusilado con varios de sus oficiales. Como represalia Morelos ordena la ejecución de los prisioneros de Acapulco, a lo cual responde la contramedida realista sobre los hechos en Valladolid. Ya en 1815 Morelos, que con su contingente principal trata de proteger la retirada a Tehuacán del Congreso insurgente, es capturado y poco después pasado por las armas.

Ha proseguido durante estos años la acción de las guerrillas independentistas en amplias zonas del sector central y meridional del virreinato; tienen lugar sucesivas campañas en torno a Puebla, que los insurgentes intentan bloquear.

Repetidas veces cortan la comunicación entre las principales ciudades en poder de los realistas; la capital se encuentra así prácticamente aislada; durante largos periodos de tiempo, en 1812 está virtualmente cortada la comunicación con el importante puerto de Veracruz, el más cercano en la costa e indispensable para mantener la comunicación con el exterior. También se interrumpe durante largos periodos de tiempo en esos primeros años la comunicación con ciudades del Norte como Querétaro, Zacatecas y Guadalajara.

Ello obliga a organizar periódicamente convoyes con protección de importantes contingentes, por las rutas amenazadas por las guerrillas independentistas; así, en marzo de 1813, el que escolta al virrey saliente Venegas hasta Veracruz, con cerca de 2.000 hombres. En 1813 se propone por los mandos de ingenieros el trazado de un camino estratégico de mejores condiciones para su defensa, protegido por fortines escalonados, de Veracruz a Perote y de este punto a la capital; en el trayecto se construye el puente del Rey, importante obra de ingeniería. La nueva ruta estará finalizada en noviembre de 1815, época en que, por otra parte, las guerrillas han sufrido repetidos fracasos e inician una fase de decadencia.

Aun así las fuerzas virreinales deben emplear todavía gran número de sus limitadas fuerzas precisamente a la protección de las vías de comunicación; en esos días un convoy de Méjico a Veracruz lleva una escolta de 1.100 hombres.

Actúan en tierra en esta primera fase de la contienda en la que las fuerzas virreinales se ven necesitadas de aumentar su fuerza numérica contingentes procedentes de las fuerzas navales, tanto de infantería de marina como de fuerzas formadas por las tripulaciones de los barcos destacados en los apostaderos de Veracruz, Acapulco y San Blas. Ello hace naturalmente que las unidades navales no puedan actuar debidamente en el mar y llenar su cometido propio, la lucha contra corsarios –al servicio de los insurgentes mejicanos y también de los de Cartagena y Venezuela, que actúan igualmente en aquellas aguas– entre los que destacan Aury y el célebre Laffitte, que opera en esta etapa desde un islote próximo a Nueva Orleans, o para impedir el tráfico marítimo por el que los insurgentes reciben todo tipo de auxilios y pertrechos bélicos. En 1812 las fuerzas navales españolas destacadas en el virreinato dispondrán de un refuerzo temporal de tres navíos –los «Algeciras», «Miño» y «Asia»– que llegan a Veracruz formando parte de la escolta de un convoy de tropas<sup>7</sup>.

Será motivo de preocupación para las autoridades la frontera Norte, y sobre todo Noreste. El abandono de puestos y el envío de fuerzas de la frontera a operaciones en zonas más meridionales como consecuencia de los acontecimientos revolucionarios, facilita durante los años siguientes la actividad bélica de los indios nómadas de la región. Comanches en el sector occidental –en agosto de 1814 un importante contingente de éstos será rechazado con gran número de bajas– apaches en el oriental, se entregan periódicamente a incursiones que a veces profundizan en el territorio, llegando a puntos tan meridionales como Zacatecas, ya en zona de plena colonización.

Situación ésta que se prolongará largos años, durante la etapa de la contienda independentista y después, favorecida por la sucesión de luchas internas y sucesivas revoluciones que agitan al nuevo estado mejicano.

Más grave aún que la amenaza de las incursiones de las tribus indias, es la representada por las expediciones filibusteras organizadas en territorio norteamericano<sup>8</sup>.

Recibían este nombre, que seguirá utilizándose en el periodo posterior para fuerzas de análogo carácter, las formadas por voluntarios en su

<sup>7</sup> Las fuerzas navales en C. Fernández Duro, *La armada española*. Madrid, 1973, vol. IX (hay varias ediciones).

<sup>8</sup> Para las expediciones filibusteras ver, entre otros, *The sword was their Passport*, Harris Gaylord Warren. Baton Rouge, 1943.



mayoría de nacionalidad ajena al conflicto, que a lo largo de los años de la contienda actuaron en la zona mencionada, en diversas ocasiones. Pretextos y planteamientos variaban; sin embargo el motivo real de las expediciones no era otro que el fácil de identificar; ya entonces, por supuesto, pero mucho más a la vista de los acontecimientos que tuvieron lugar en 1836-45: la anexión a los Estados Unidos del territorio mencionado, además claro está, del de California y las áreas situadas entre ambos.

En agosto de 1812 da comienzo la que será más importante de esas incursiones y que dirigida por el norteamericano –que fallecerá al poco tiempo– Magee y los mejicanos Gutiérrez de Lara y José Alvarez de Toledo, invade Tejas; en marzo de 1813 derrotan en el encuentro del Rosillo a los pequeños contingentes –unos 800 hombres, casi todos de milicias– que el gobernador Salcedo puede oponerles. Hecho éste prisionero, es decapitado por orden de los jefes mejicanos, lo que origina las primeras fricciones entre éstos y los contingentes formados por norteamericanos.

Ocupada casi toda la provincia por la expedición filibustera, las fuerzas virreinales se ven en la necesidad de llevar a cabo una costosa expedición –desde el punto de vista logístico– para desalojarla.

Al mando del brigadier Arredondo, formadas por elementos del Fijo de Veracruz, unos 350 hombres, –en segundo escalón avanzan fracciones del de Extremadura– y contingentes de milicias, con numerosa caballería, cruzan el río Grande y enfrentan al contingente principal de los invasores, –1.800 hombres, en dos divisiones, mejicana y norteamericana– junto al río Medinilla, donde les infligen una grave derrota; se hacen más de cien prisioneros, que Arredondo ordena inmediatamente pasar por las armas. En la acción se distingue el teniente del Fijo de Veracruz Antonio López de Santa Anna, que será ascendido en el mismo campo de batalla.

Prosiguen su marcha las fuerzas realistas y pocos días más tarde ocupan la capital de la provincia, San Antonio, donde hacen otros doscientos prisioneros, esta vez casi todos norteamericanos, que son igualmente ejecutados. Los restos de la expedición filibustera, que se retiran apresuradamente –otro centenar de fugitivos son capturados y «sancionados»– hacia Luisiana, son casi completamente aniquilados por los indios de la región<sup>9</sup>.

En aquellos días, en la remota provincia de California apenas tendrá lugar actividad bélica de ninguna clase, a excepción de alguna incursión de corsarios al servicio de los poderes insurgentes del Continente sudamericano, Chile y Buenos Aires principalmente.

<sup>9</sup> V. Filisola *Memorias para la historia de la guerra de Texas*. Méjico, 1849. Fundamentalmente se refiere a la campaña de 1836, en la que el autor tomó parte importante, pero incluye interesantes datos sobre la de 1813.

Tras la derrota y muerte de Morelos la campaña en el virreinato entra en una nueva fase. La lucha tendrá durante los años siguientes, con la excepción a que más tarde aludiremos, un carácter de lucha de guerrillas, sostenida por contingentes de menor importancia que los que seguían al Siervo de la Nación.

Figuran entre los principales jefes de esta etapa Osorno, que actúa en la zona de Querétaro y Guanajuato, ocupando temporalmente poblaciones de alguna importancia como Pachuca y Tulacingo; Ignacio López Rayón, mencionado anteriormente, que proseguirá la resistencia en Michoacán y territorios limítrofes, estableciendo en Zitacuaro su base de operaciones –donde se constituye la denominada Junta Suprema Nacional Americana–, Guerrero, Mier y Terán en Tehuacán y Guadalupe Victoria en la zona de Veracruz.

Es esta etapa de la guerra, a nuestro modo de ver, una de las más interesantes de la contienda en el virreinato. La razón es sencilla; se trata de una de las poco numerosas campañas –de las de cierta envergadura– en la Edad Contemporánea en que las fuerzas del orden obtuvieron la victoria. Debe llamarse además la atención sobre el hecho de que sostienen la lucha con recursos limitados; y con excepción de las unidades de procedencia peninsular, autóctonos, tanto militares como económicos.

La naturaleza de la guerra que vamos viendo se desarrolla en el virreinato no da lugar más que en muy contadas ocasiones a grandes batallas decisivas, excepción hecha de las primeras acciones del Monte de las Cruces, Aculco, Calderón, y la del Medinilla contra los filibusteros en Tejas.

No se dan por tanto en Nueva España casos como los que en tantas ocasiones tienen lugar en el continente sudamericano en que una batalla –y la explotación del éxito por el vencedor– decide la suerte de toda una campaña, como en el caso de Guaqui, Rancagua, Maipú, Viluma o Boyacá.

Por el contrario las sucesivas campañas que tienen lugar en Méjico, con su carácter predominantemente de guerrillas, originan una gran cantidad de pequeñas acciones, ninguna o casi ninguna decisiva por sí misma; a no ser que durante ellas o como inmediata consecuencia sean muertos o hechos prisioneros (en ciertas etapas de la contienda ambas posibilidades venían a ser muy similares) alguno de los jefes insurgentes.

Existe una estadística sobre el número de acciones que tienen lugar en los años de la contienda, por áreas geográficas, realizada por J.R. Benítez<sup>10</sup>; según dicho inventario, al que habrá que conceder, al tratarse de encuentros en su mayor parte de poca envergadura, cierto margen de error, 137 acciones tienen lugar en Michoacán, 133 en Guanajuato, 82 en

<sup>10</sup> José F. Benítez, *Historia gráfica de Nueva España*, pp. 207-208 y 283 sigs.

Veracruz, una cifra similar en Puebla, 73 en el actual estado de Guerrero –en aquella época perteneciente a las provincias de Michoacán y Puebla– 64 en el de Méjico, 47 en Oaxaca, una treintena en Jalisco, y otros tantos en el resto del territorio. Vemos pues que la inmensa mayoría de las acciones tienen lugar en la zona Sur del virreinato, donde Morelos iniciara la actividad insurgente.

Debe recordarse que en los años anteriores a la contienda la influencia directa de la autoridad virreinal no alcanzaba más que de forma meramente jurídica a extensas áreas de la Tierra Caliente, es decir en gran parte de la zona mencionada. Al Norte de Zacatecas y San Luis de Potosí, las llamadas provincias Internas tenían escasa población, con pocos núcleos urbanos de alguna importancia, y la actividad insurgente, a excepción de los primeros meses de la revolución de Hidalgo, fue muy limitada.

La guerra, especialmente en esta fase, se transforma en una típica situación de contrainsurgencia para las fuerzas realistas y estas responden al reto adaptándose a las circunstancias de forma notable y, teniendo en cuenta algunas de ellas, pensamos que brillantemente. De hecho ponen en práctica muchos de los elementos que hemos visto –y vemos a diario– en tantas campañas de los tiempos recientes, sobre todo a partir de 1945. Las fuerzas realistas emplean en forma más o menos desarrollada muchas de esas tácticas, tanto militares como las de acción política, administrativa o psicológica sobre la población de las zonas en que actúan.

Los insurrectos hechos prisioneros combatiendo, son casi siempre pasados por las armas; no lo son en cambio los que se acogen a los sucesivos indultos ofrecidos por los mandos realistas a los que abandonen voluntariamente las armas y que cada vez son más numerosos. Durante los años 1815-21 renuncian a la lucha unos 17.000. Algunos de los cuales la continúan, aunque esta vez en las filas realistas.

Ya se utilizan en esta fase de la guerra estrategias como la concentración de la población de zonas conflictivas en poblados con guarnición, acción administrativa directa en áreas donde aquella no es eficaz, redistribuciones de tierras y zonas de colonización, campañas de acción política y psicológica, y se implementan programas de reinserción de ex-guerrilleros que se han acogido a indulto.

Se hace pues necesario establecer gran número de pequeñas guarniciones en poblaciones, aún de poca importancia, vías de comunicación, haciendas, plantaciones, minas; las forman fracciones –en muchas ocasiones mixtas– de fuerzas veteranas, de las milicias o rurales, incluso expedicionarias. Así, en la zona de Guanajuato están desplegados en esta etapa unos tres mil hombres.

Mientras, los campos son patrullados por los denominados «cuerpos volantes», que llevan a cabo las correspondientes misiones de «búsqueda y destrucción». También se emplean unidades de contraguerrilla formadas en algunos casos –que como parece lógico figurarán entre las más eficaces– por ex-guerrilleros insurgentes que han cambiado de campo.

Las fuerzas de diverso tipo que sostienen la causa realista son numéricamente importantes: según el virrey Calleja, en el momento de su cese hay cerca de 40.000 tropas veteranas, expedicionarias y provinciales y 44.000 de las urbanas y locales.

Los mandos virreinales dividen a estos efectos el territorio del virreinato en catorce zonas de operaciones, cada una al mando de un comandante militar, que usualmente actúa con bastante independencia; lo que en ocasiones tiene consecuencias negativas para la marcha de las operaciones y que a veces origina falta de coordinación con las fuerzas de las zonas limítrofes.

Límites que al estar muchas veces marcadas por accidentes orográficos favorecen precisamente la acción de las guerrillas enemigas. Por lo demás no dejará de observarse que, en definitiva, es ésta de la división del territorio en zonas de operaciones con mandos autónomos una de las muchas analogías de la contienda a que nos referimos con otras campañas de contrainsurgencia contemporáneas.

Mandos realistas intermedios, pero que actúan con notable independencia, son el criollo Agustín de Iturbide, comandante en 1816 del Ejército del Norte, el mariscal de campo de la Cruz, gobernador de la Audiencia de Guadalajara y el brigadier Arredondo que lo es de las Provincias Internas, con sede en Monterrey.

Todos obtendrán importantes éxitos en sus respectivas áreas de demarcación: los dos primeros en zonas de persistente actividad insurgente y el tercero que deberá enfrentar a la expedición de Mina, y que atiende a la frontera Norte y Noreste<sup>11</sup>.

La guerra, especialmente cruel en casi todos sus momentos –a diferencia también de algunas etapas de la que tiene lugar en la América Meridional– causa buen número de bajas, aunque seguramente no podamos conocer datos fiables, ni siquiera aproximados.

Se han barajado las cifras redondas y fantásticas correspondientes; así, el historiador mejicano Bustamante habla de 200.000 víctimas; el embajador norteamericano –y «filósofo» de una determinada actitud de los estados de la América española frente a su vecino del Norte–, Poinsett, calcula entre 400 y 500.000. Por nuestra parte, sin poder aducir dato preciso alguno, consideramos esas cifras como muy exageradas.

---

<sup>11</sup> Brian R. Hamnett, *The roots of insurgency*. Cambridge, 1986.

Acaso, nos podríamos inclinar a considerar la más baja de ambas, siempre que incluyéramos en ella las pérdidas originadas por la guerra de forma indirecta o meramente tangencial, es decir la inmensa mayoría –por ejemplo debidas a epidemias; en 1813 unas «fiebres», sobre todo tifus, en ciudad de Méjico causan cerca de 20.000 víctimas–.

Prosigue durante esta etapa el envío de unidades peninsulares de refuerzo. A pesar de la cada vez más favorable evolución militar del conflicto su número es todavía importante, si bien ya no lo es tanto en relación con el total de fuerzas enviadas al Continente americano; llegan en 1815 el regimiento de Órdenes Militares con dos batallones y el batallón de infantería ligera de Navarra, con unos efectivos totales de 3.000 hombres; ya en 1817, llega el regimiento de Zaragoza, también con dos batallones y unos efectivos de 1.700.

En 1819 son enviados a la Habana, donde se puede contar con ellos como eventual reserva inmediata el Segundo de Cataluña y el Segundo de Málaga. Igualmente es enviado a una posición de reserva estratégica el Primero de Cataluña que llega a Panamá en 1815.

Aunque de estas reservas, ninguna llegaría a ser desplegada en Nueva España, a excepción de contingentes del Segundo de Cataluña, que como veremos participarán en la defensa de la última posición realista. La proporción de las fuerzas que llegan a Méjico sobre las que parten de la Península tras la terminación de la guerra contra Napoleón es aproximadamente de un veinte por ciento.

Las fuerzas virreinales, peninsulares o autóctonas son desplegadas, de forma casi siempre independiente, en las zonas de operaciones; así pues las unidades expedicionarias se encuentran normalmente situadas en puntos distantes entre sí y actúan con escasa conexión. Lo que en estos momentos de la contienda no tiene, como es lógico, consecuencia especial; antes bien es conveniente la presencia de fuerzas expedicionarias en un despliegue lo más amplio posible en el extensísimo teatro de operaciones. Sin embargo, como veremos, dificultará una –eventual– reacción coordinada contra el pronunciamiento trigarante.

Poco a poco van cayendo o abandonando la lucha los principales jefes de guerrillas: en 1817 capitula Mier y Terán en Cerro Colorado, en febrero de ese año se rinde Osorno; López Rayón es entregado por otro jefe insurgente, Nicolás Bravo –que por su parte abandonará pronto la lucha– en marzo; condenado a muerte, la sentencia no será ejecutada.

Sólo quedarán en activo, de esos principales jefes, Vicente Guerrero y Guadalupe Victoria, ambos futuros y efímeros presidentes de la República –el primero de ellos destinado, como tantos otros caudillos de

la emancipación americana a un fin trágico— además de otros de menor importancia. Guerrero revitalizará de forma efímera la actividad insurgente en su zona de actuación, que hoy forma el estado que lleva su nombre.

Es en esta etapa cuando tiene lugar la expedición en apoyo de los insurgentes del español Mina «el mozo» que se había distinguido como guerrillero durante la guerra de Independencia junto a su tío Francisco Espoz y Mina. Prisionero en Francia, abraza como otros muchos oficiales españoles en esa situación la causa del liberalismo más extremado y con objeto de combatir al odiado gobierno de Fernando VII desembarca en abril de 1817 en el Norte del golfo de Méjico al frente de un contingente de 600 hombres, españoles y voluntarios de otros países, y se interna en el virreinato, activamente combatido por fuerzas al mando del mariscal de campo Pascual Liñán; mientras la escuadra virreinal ataca y destruye a las tres unidades navales que componen su pequeña flotilla.

Vencido en el fuerte del Sombrero —donde Liñán ordena fusilar a los doscientos prisioneros que captura— es finalmente hecho prisionero en septiembre en el rancho del Venadito. Condenado en consejo de guerra es pasado por las armas en el Cerro del Bellaco, cerca de Guanajuato.

La marina española —que en Méjico dispone como fuerzas permanentes de la fragata «Sabina» y las goletas «Belona» y «Proserpina», además de la circunstancial presencia de otras unidades de mayor porte— actúa en esta etapa y teatro de la guerra, golfo de Méjico y zonas adyacentes del mar Caribe, con cierta eficacia; destruye en 1815 una importante base de corsarios en la costa del Yucatán.

Uno de los principales jefes de éstos, el ya mencionado Lafitte, que tras abandonar su base de Nueva Orleans ha utilizado en estos meses la isla de Galveston, en la costa de Tejas, es expulsado de ella por la marina norteamericana a principios de 1821 y poco después desaparece, con toda probabilidad en combate con fuerzas navales españolas.

Mientras tanto continúa la amenaza en los confines del Noreste del virreinato de las expediciones filibusteras organizadas en territorio norteamericano. Debe insistirse en que, si bien el objetivo real de dichas expediciones es sin duda alguna el antes mencionado, el planteamiento político o ideológico, o simple pretexto, es de muy variado carácter: unas veces es la ayuda a los independentistas mejicanos, en otras como la de James Long es la ocupación de unos territorios que según una interpretación extensiva de la cesión a Francia de la Luisiana y su posterior compra por los Estados Unidos pertenecen a éstos.

En otras en fin es precisamente mostrar el rechazo al tratado de febrero de 1819 —que cede a aquellos la Florida, ya en gran parte ocupada por las fuerzas del general Jackson en abril del año anterior, pero establece de

forma inequívoca la soberanía española sobre Tejas— e incluso se emplean pretextos realmente peregrinos. Así, en septiembre de 1815 el ex rey intruso de España José Bonaparte llega al que será su temporal punto de exilio, Filadelfia; enseguida en su nombre se llevan a cabo diversos proyectos de actuación sobre las posesiones españolas.

En general las fuerzas realistas, a costa naturalmente de notables esfuerzos, sobre todo de tipo logístico y de desatender la campaña en otros sectores del virreinato rechazan o vencen con facilidad a las fuerzas invasoras. Así en 1819 la mencionada de Long, al que se hace prisionero con doscientos de sus partidarios

Las consecuencias que representa la guerra para la otrora pujante economía del virreinato son serias. Los daños a la agricultura se evalúan en setenta millones de pesos, los que experimenta la minería en veinte, la industria en doce; aún más graves son las consecuencias sobre el crédito y la inversión, así como sobre la circulación de numerario. En los meses siguientes al comienzo de la insurrección descienden espectacularmente los ingresos de la Hacienda virreinal; en 1815, ya relativamente controlada aquella, no alcanzan sino a la mitad de los anteriores a 1810.

Como consecuencia el déficit del erario alcanza los 54 millones de pesos a finales de 1813 y en 1818 son todavía cuarenta millones —en la misma época el déficit del Perú alcanza los veinte millones, y el de Venezuela los diez—. Calleja impone una contribución del diez por ciento anual sobre las propiedades rústicas y urbanas. Mientras, tanto el virrey como los jefes militares regionales tratan de allegar fondos mediante diversos empréstitos, colectas, loterías forzosas, etc.

Entretanto continúa la campaña de contrainsurgencia de las fuerzas virreinales. Tras el fracaso de la expedición de Mina prosigue la rápida decadencia de la actividad insurgente; en 1818 sólo tienen lugar en todo el territorio unos diez encuentros de alguna importancia, el año siguiente son siete; en 1820 y los primeros meses del 21, antes de que dé comienzo el movimiento trigarante sólo tienen lugar tres; y, aún de los de escaso alcance, sólo uno, como mucho, al mes. Mientras, continúan cayendo en combate, abandonando la lucha o capitulando frente a las fuerzas virreinales los cada vez menos numerosos jefes independentistas.

Un hecho histórico indiscutible: España ganó militarmente la contienda independentista mejicana. El historiador T. Anna señala con perspicacia tanto este hecho como el de que se le suele ignorar<sup>12</sup> por cronistas e historiadores; con la importante excepción, en cualquier caso, de L. Alemán,

---

<sup>12</sup> T. Anna, *The fall of the royal government in Mexico*. Lincoln 1978; L. Alemán, *Historia de México*. Méjico, 1849.

debido en este caso a su posición ideológica, uno de los más importantes doctrinarios del conservatismo mejicano de la etapa inmediatamente posterior a la independencia.

Los últimos años de la década verán el virtual fin de la contienda, al menos en su fase militar. Al lado de alguna limitada reactivación de la actividad guerrillera en comarcas de la Tierra Caliente, en noviembre de 1819 cae Hermosillo, que inició en 1810 la revolución en los confines de Sinaloa y que ha sostenido la lucha, si bien con escasa fortuna, durante esas etapas de la contienda; el mismo año cae «el Giro» en Guanajuato, al siguiente es el cura Torres el que muere –a manos de otros insurgentes– mientras otro jefe, Encarnación Ortiz se pasa a las fuerzas realistas.

Pero mientras la contienda en Nueva España ha conocido esta evolución tan favorable a las armas realistas, no lo ha sido tanto en el resto de la América española. Pérdida de Chile tras la derrota de Maipú, de gran parte de Nueva Granada tras la de Boyacá, inacabable campaña contra Bolívar en Venezuela, imposibilidad de reducir la rebeldía de las Provincias Unidas del Río de la Plata; y sobre todo en estos días va a producirse en la Península un hecho que tendrá una importancia decisiva; a plazo medio, en el conjunto de la contienda americana, y a corto, casi cabría decir inmediato, en el de la evolución política en Nueva España. Se trata de la revolución liberal que iniciada precisamente por unidades del ejército organizado para su envío a América obtiene el triunfo en los primeros meses de 1820.

Sobre la composición y efectivos de las fuerzas que sostienen la causa realista en estos momentos, disponemos como fuente de primer orden de los datos oficiales del ministro de la Guerra, marqués de las Amarillas.

Datos sobre los que, en cualquier caso, se pueden hacer diversas observaciones; a una de ellas ya tuvimos ocasión de aludir: se trata de la composición de las unidades expedicionarias, a las que se considera a todos los efectos como compuestas exclusivamente por tropa de procedencia peninsular, cuando como sabemos en estos momentos de la contienda, esto no responde ni de lejos a la realidad.

Otra consideración, posiblemente de mayor alcance, es que los datos a que aludimos son oficiales, con todos los condicionamientos que esto conlleva. Difícilmente podemos saber en todos los casos en qué nivel de actualización se encuentran, ni si los datos originarios son exactos o se refieren a efectivos de plantilla de las unidades o guarniciones, sin entrar en circunstancias modificativas, como bajas sufridas en los últimos tiempos, u otras.

Por otra parte alguno de estos datos se refiere a unidades en operaciones o destacadas en puntos remotos del virreinato, cuyos datos es difícil conocer con precisión, incluso por sus mandos más directos. Por todo ello



debemos considerar a los que proporciona Amarillas como simplemente indicativos, si bien son sin duda los más exactos de que disponemos.

Según su informe ante las Cortes en julio de 1820<sup>13</sup> las fuerzas que sostienen la contienda en Nueva España están formadas por unos 8.500 hombres de las tropas expedicionarias –probablemente alrededor de la mitad son efectivamente españoles peninsulares, aunque Julio Albi piensa en una cifra inferior– ; 10.600 de las fuerzas veteranas del virreinato, 22.000 en las unidades de la milicia provincial y 44.000 en la milicia urbana; de éstos casi la mitad, 19.000, en fuerzas montadas, y 1.700 de artillería.

Más de la mitad de los componentes de las fuerzas inicialmente peninsulares no están por tanto en servicio en el momento a que nos referimos. No podremos seguramente saber con exactitud qué cifra corresponde a los que resultaron bajas definitivas en combate, desertores, licenciados –seguramente de éstos hubo buen número entre los componentes de las unidades que llegaron en los primeros años de la campaña– o bien, casos poco numerosos, transferidos a unidades autóctonas –veteranas o de milicia– o a otros puntos de la América española.

Las consecuencias de la revolución de Riego en la Península y de los proyectos del nuevo gobierno liberal –y sobre todo los que se le atribuyen o se le considera capaz de realizar en futuro inmediato– se van a hacer notar prontamente. En un primer momento el virrey Apodaca trata de ganar tiempo y no proclama la Constitución hasta finales de mayo.

Sin embargo, tras llevar a cabo esa proclamación, se ve en la precisión de implementar los nuevos decretos de la Metrópoli, así como la liberación de los detenidos y deportados políticos; y algo probablemente más importante, el restablecimiento de la libertad de imprenta, que dará extensivas posibilidades a tendencias separatistas o liberales autóctonas, adeptas a la independencia en alguna de sus formas.

Otra consecuencia de gran alcance va a ser la virtual disolución de las milicias urbanas, como sabemos un contingente numéricamente importante de las fuerzas armadas. Casi completamente disueltas en pocos meses, su desaparición supondrá una merma de efectivos para los realistas y sobre todo un motivo de desafección de sus componentes.

Por su parte el clero advierte una amenaza contra su status y enseguida adopta un posicionamiento contra la nueva situación.

Concesiones –o proyectos– todas ellas que tampoco ganarán la adhesión, siquiera pasiva, de los adeptos de las primeras insurrecciones, que como es natural consideran completamente insatisfactorias esas concesiones y persisten en buscar la independencia del territorio

---

<sup>13</sup> Marqués de las Amarillas, *Exposición del estado actual del Ejército español*. Madrid, 1820.

Enseguida reaccionan los en ese momento defensores de la causa realista, que hasta entonces ha sido la de la Metrópoli; mandos del ejército, autoridades políticas, económicas y eclesiales vinculadas a la situación virreinal, participan en el llamado plan de la Profesa –del nombre del convento de la capital donde se reúnen– uno de cuyos animadores es el canónigo Monteagudo. Se trata de impedir en la práctica la aplicación en el virreinato de las medidas de carácter liberal que dictan o se espera dispondrán las nuevas Cortes españolas.

Ya en esos días los planificadores del movimiento consiguen la adhesión del prestigioso jefe militar Agustín de Iturbide, que en un primer proyecto dirigiría un pronunciamiento en la capital del virreinato. También logra la de otro cualificado mando realista, el ahora coronel Gómez Pedraza. Este y otros de los implicados preconizan otra opción estratégica: iniciar un movimiento en zonas exteriores, aún en la zona Centro, dejando para la última fase de la campaña la ocupación de la capital.

También emprenden negociaciones con jefes insurgentes, Guadalupe Victoria y Guerrero. Este trata de imponer condiciones políticas, pero no logrará sino vagas promesas de ventajas de carácter personal.

A fin de poner en práctica sus proyectos, en octubre de 1820 los inspiradores de la nueva revuelta logran del virrey la designación de Iturbide para hacerse cargo de la Comandancia del Sur, donde reemplaza al brigadier Armijo.

Y efectivamente el jefe realista se pronuncia en febrero siguiente en la localidad de Iguala, a calculada distancia de la capital.

El proyecto político del levantamiento será por ello conocido como «Plan de Iguala». Su base son las «tres garantías» por lo que aquel recibirá el apelativo de «trigarante»: la defensa de la religión, la independencia y la unión íntima de americanos y europeos.

Otro de los pronunciados es el ahora coronel Anastasio Bustamante: médico de profesión, alistado en las fuerzas realistas desde los primeros tiempos de la insurrección de Hidalgo y que se ha distinguido en multitud de campañas. Ahora se suma al movimiento, aportando una caución para el mismo ante muchos de sus homólogos en el mando militar.

Con gran rapidez, a lo largo de las semanas siguientes, el movimiento gana la adhesión activa o pasiva de muchos de los mandos virreinales, especialmente de jefes subalternos, incluyendo muchos de los de procedencia peninsular<sup>14</sup>.

<sup>14</sup> El levantamiento de Iturbide e.o. en T. Anna, *El imperio de Iturbide*. México, 1990; v. también las memorias de dicho caudillo, Madrid, 1916.



*Agustín de Iturbide*

Otras plazas y guarniciones, a veces alejadas del centro del virreinato, se adhieren pronto al Plan de Iguala: el mencionado Bustamante lo secunda en Guanajuato; el coronel Herrera se adhiere al plan en Jalapa,, se pronuncia a favor de Iturbide en San Luis Potosí, el peninsular Negrete y otros mandos de la Audiencia de Guadalajara se imponen al capitán general, de la Cruz; por su parte el brigadier Álvarez Thomas se pronuncia en Oaxaca con formaciones locales que se hacen con la ciudad y enseguida con toda la provincia y territorios limítrofes. Antonio López de Santa Ana se pronuncia en Veracruz, y Alejo García Conde, en los territorios del Noroeste; mientras el antiguo insurgente Guerrero, se suma a los pronunciados en el sur de México.

A su vez, los jefes militares levantados en armas actúan sobre provincias y plazas donde no ha triunfado momentáneamente el pronunciamiento. En Querétaro el brigadier Luaces, tras una resistencia poco más que simbólica capitula ante Iturbide a finales de junio y Negrete ocupa Aguascalientes pocos días después.

Las fuerzas todavía al servicio de la causa de la Metrópoli –inicialmente el «ejército del Sur» al mando del mariscal de campo Liñán– ofrecen escasa resistencia; en su mayoría se van sumando a las trigarantes.

Aún si hubieran mostrado decisión para el combate, las fuerzas formadas mayoritaria o sustancialmente por europeos se hubieran encontrado con todo tipo de dificultades añadidas; logísticas, debido al aislamiento en que se encuentran entre las ahora rebeldes; y no les faltaban tampoco razones de desafección ante los altos mandos virreinales

Además, como resultado del clima político que se desarrolla, se asiste –o se hace visible– una creciente rivalidad entre las tropas formadas por criollos americanos y las procedentes de la Península.

Por último, como antes mencionamos, estas se encontraban dispersas por todo el extenso territorio, por lo que ahora se ven ante grandes dificultades adicionales para presentar combate de forma coordinada.

Por todo ello, ante la situación creada, la mayor parte de las fuerzas –todavía– virreinales capitulan, o se retiran ante las trigarantes sin apenas combatir.

Autoridades y mandos locales, civiles y militares, se suman a la nueva rebelión; siempre, por descontado, en el contexto del mantenimiento de las estructuras del statu quo virreinal. Hay también excepciones entre los gobernadores civiles, algunos de los cuales rehúsan secundar el movimiento, pero no logran consolidar su posición<sup>15</sup>.

<sup>15</sup> Mónica Barrón, *Iturbide y sus generales*. México, 2010. Lorenzo de Zavala, *Ensayo histórico de las revoluciones de México* (tomo I), varias ediciones e.e. México, 1918.

Por su parte Iturbide, valiéndose de diversos mandos militares y políticos de la situación, negocia y gana sucesivamente la adhesión de autoridades hasta ese momento incardinadas en el bando realista, incluso en sus sectores más decididos

En general la campaña se desarrolla a la manera de un pronunciamiento y los combates a que da lugar, con contadas excepciones, son de un alcance muy limitado

Esto no significa que no hubiera disposición a la resistencia por parte de los mandos superiores fieles al régimen virreinal; pero la mayor parte de sus oficiales y tropa rehúsan plantear una resuelta oposición armada a los trigarantes.

Naturalmente hay excepciones; el coronel Hevia, al mando de su regimiento de Voluntarios de Castilla, se opone con decisión al levantamiento y muere en combate atacando la ciudad de Córdoba, defendida por el brigadier criollo Herrera a finales de mayo.

En Veracruz se sostienen las fuerzas virreinales, aunque sus adversarios controlan fácilmente casi toda la provincia. En las Provincias Internas el brigadier Arredondo trata de oponer resistencia a los alzados, pero no tarda en verse abandonado por la mayor parte de sus subordinados y se retira a Cuba

En junio el movimiento trigarante ha realizado importantes avances; por su parte en la capital las fuerzas que todavía responden a la Metrópoli llevan a cabo un pronunciamiento contra el virrey Apodaca, al que sustituyen por el mariscal de campo Novella.

El mes de agosto sólo quedan por la Metrópoli las plazas de Méjico, Acapulco, Veracruz y Perote y alguna guarnición menor aislada en el territorio dominado por las fuerzas pronunciadas; ese mes se suma al movimiento la provincia de Chiapas, el siguiente el Yucatán.

Por su parte Iturbide organiza en estas semanas su ejército de operaciones. La jefatura de su estado mayor es desempeñada por el brigadier Alvarez Thomas, hermano de uno de los Directores del Río de la Plata y del general realista que ejerció un mando en el Perú tras la derrota de Ayacucho

El contingente se articula sobre los denominados Ejército de Vanguardia, Retaguardia y Reserva. El Ejército de Vanguardia al mando del marqués de Vivanco; como segundo figura el ex jefe insurgente Vicente Guerrero. Lo componen tres divisiones, una de ellas mandada por el ahora brigadier Santa Anna; otras tres de estas unidades componen el Ejército del Centro, mandado por el brigadier Luaces

El de Retaguardia cuenta con dos divisiones, una de ellas a cargo del ahora brigadier Filisola.

En el Ejército de Reserva, por último, al mando del brigadier Negrete, figuran otras tres divisiones; el jefe de una de ellas, de la Garza, es el que pocos meses más tarde llevará a cabo la ejecución sumarísima de Iturbide<sup>16</sup>.

Llega a Veracruz el nuevo virrey nombrado por el gobierno liberal, el general O'Donojú; éste comprende que al menos de momento no es posible presentar una resistencia eficaz a las fuerzas pronunciadas y a finales de agosto firma con Iturbide el tratado de Córdoba, que en definitiva supone la aceptación del plan de Iguala. Aunque —en pura teoría— «sin romper los vínculos que unieron a los dos continentes».

Tratado que no será ratificado por las Cortes españolas, pero que para entonces habrá alcanzado completa virtualidad. Como consecuencia inmediata O'Donojú ordena a Novella pactar la capitulación de Ciudad de México y de acuerdo con Iturbide, oficia a jefes, que permanecían indecisos, para que se unan al Ejército Trigarante.

Aún ahora, en septiembre y octubre tienen lugar algunas resistencias, como la de Veracruz y otras guarniciones, y los trigarantes enfrentan alguna oposición; aunque pronto las últimas posiciones realistas son evacuadas o capitulan. Acordada la capitulación de la capital, el 27 de septiembre el ejército trigarante efectúa su entrada en ella, donde tiene lugar la nueva proclamación de la Independencia.

Simbólica —y significativamente— ninguno de los antiguos jefes de la rebelión, aún los sumados pasivamente al movimiento iturbidista, fue invitado a firmar el acta y tampoco se les permitió participar en la entrada oficial en la capital.

Resiste de momento el fuerte de San Juan de Ulúa en Veracruz, bajo el mando del general Dávila; pero la mayor parte de las unidades formadas por contingentes europeos y algunas mayoritariamente americanas que permanecen fieles hasta los últimos momentos, acatan de más o menos buen grado la nueva situación y se van concentrando en poblaciones entre la capital y aquel puerto, en espera de su partida del ya ex-virreinato.

Entretanto un ejército al mando del ya general Filisola ocupa a lo largo de los meses siguientes, con poca resistencia, la América Central, que permanecerá unida al estado mejicano hasta la caída del imperio de Iturbide.

En abril del año siguiente varias de las unidades peninsulares acantonadas en el Sur, en la zona de Toluca y Cuautla, se pronuncian contra el nuevo orden de cosas tratando de restaurar la situación anterior, en conexión con el general Dávila que se sostiene en Veracruz. Aunque el movimiento no

<sup>16</sup> «El orden de batalla del ejército iturbidista», en R. Moreno Gutiérrez *La trigarancia*. México, 2016 (anexo).



**Entrada del ejército Trigarante en Ciudad de México**

es seguido más que por algunas de las unidades, y fracciones de otras –regimientos de Órdenes Militares y Zaragoza, éste incompleto– y en pocos días fracasa sin haber conseguido resultados apreciables. Así pues se acelera la evacuación de los componentes peninsulares del ejército ex-virreinal y a lo largo del año parten con destino a Cuba, en sucesivas expediciones, algo más de tres mil hombres.

Quedan varios centenares de origen peninsular en las fuerzas al servicio del nuevo estado, entre ellos buen número de jefes y oficiales. Según el estudio de J. Albi, de los 118 jefes de mayor graduación del nuevo ejército mejicano 81 son ex-oficiales naturales de Nueva España de las fuerzas realistas, 25 peninsulares –o nativos de otros virreinos americanos– y sólo doce de ellos proceden de los contingentes independentistas<sup>17</sup>.

El nuevo ejército cuenta con doce regimientos de infantería y otros tantos de caballería; sólo uno de cada arma está formado por ex-integrantes de las fuerzas insurgentes. En cuanto a los mandos que proceden de las virreinales, al formar la inmensa mayoría de los del nuevo ejército, que como es sabido tendrá un gran papel en la política del país, alcanzarán en muchas ocasiones altos cargos en éste durante la generación siguiente. Incluyendo por supuesto la presidencia de la República, que estará en muchas ocasiones ocupada por ex-oficiales realistas: Gómez Pedraza, Paredes, Arista, Bustamante y sobre todo, Santa Anna.

Aún queda en el virreinato una posición defendida por fuerzas que responden a la Metrópoli, el fuerte de San Juan de Ulúa en la bahía de Veracruz. Situado en un islote a la entrada de ésta, su posición hace que sea prácticamente incontestable por asalto, a no ser contando con una suficiente fuerza naval, de la que de momento carece el nuevo estado mejicano.

Así pues la única posibilidad para su ocupación es la rendición por hambre o bien que su guarnición sea diezmada por las enfermedades tropicales. Inicialmente forman ésta piquetes y destacamentos de casi todas las unidades expedicionarias que operaban en el virreinato en los momentos de consumarse la separación de la Metrópoli. Posteriormente se hará cargo de la defensa el batallón de Cataluña, cuyos contingentes asegurarán la defensa en sucesivos relevos desde Cuba.

La plantilla de los defensores es de unos 400 hombres de infantería y contingentes de artillería, que como cabe suponer sufren mermas considerables en el tiempo que transcurre entre cada relevo, debido sobre todo a las condiciones de salubridad de la plaza, en plena zona propia para el desarrollo de enfermedades tropicales.

---

<sup>17</sup> J. Albi *Banderas...*, p. 301.



Hasta octubre de 1822 se vive una etapa de relativa coexistencia pacífica; se hace cargo del mando de la fortaleza el brigadier Lemaur, al que Madrid nombra gobernador de Nueva España, si bien como sabemos su autoridad es desconocida en el resto del territorio. Sin embargo dadas las especiales circunstancias políticas en que se ha llegado a la independencia de éste, la mera presencia de una fuerza que responde a la Metrópoli en un punto estratégico de la importancia de Veracruz hace que gravite de una forma incomodísima sobre los gobernantes y la política del nuevo estado.

Un buen ejemplo de esta situación es la, sin duda calculada, liberación por las autoridades realistas de un ilustre prisionero en la fortaleza: fray Servando Teresa de Mier, que se convertirá en uno de los doctrinarios del liberalismo mejicano y bajo cuya inspiración pronto tendrá lugar el movimiento que derribe al casi recién proclamado emperador Iturbide. A lo que sigue, como cabría suponer, además de la formal separación de la América central, la virtual disolución del estado unitario mejicano en una yuxtaposición de poderes provinciales, e incluso locales, en perpetua revolución y conflicto civil.

Durante meses se mantendrá una difícil coexistencia entre la fortaleza –todavía no formalmente sitiada– y los independentistas de la ciudad, con frecuentes etapas de negociaciones, que pronto derivan en el habitual diálogo de sordos a que dan lugar las posiciones virtualmente inconciliables de los interlocutores; mientras la guarnición es abastecida desde Cuba, por la escuadra española que manda Laborde y que igualmente opera contra los corsarios enemigos en el área, y en las costas, ahora enemigas de Venezuela y Nueva Granada; también se practica un comercio –oficialmente– clandestino con las zonas continentales próximas.

En octubre de 1822 las fuerzas de la guarnición dan por rotas las negociaciones y bloquean la entrada del puerto, mientras bombardean repetidamente la ciudad. Siguen a ésto durante los dos años siguientes épocas alternativas de relativa paz y de hostilidad uni o bilateral: bombardeos de la ciudad y endurecimiento de las medidas de bloqueo del fuerte, respectivamente.

A principios de 1825 su comandante, Lemaur es sustituido por el brigadier Coppinger, que será su último defensor; efectivamente en septiembre de ese mismo año la flotilla española, debido a un huracán que azota el Caribe, fracasa en una expedición para aprovisionar la fortaleza y relevar al contingente –con fuerzas del regimiento de la Habana–. Ello hace que pronto su situación sea insostenible y en noviembre se negocia la capitulación; los últimos componentes de la guarnición regresan a Cuba<sup>18</sup>. Tanto Coppinger como varios de sus oficiales y soldados recibirán la Orden de San Fernando.

---

<sup>18</sup> Delfina Fernández Pascua, *Últimos reductos españoles en América*. Madrid, 1992.

Finaliza así otra fase de la campaña independentista en Méjico, si bien el ex-*virreinato* figurará durante los próximos años en el punto de mira de la estrategia del gobierno español para la restauración de la soberanía en la América Continental.

Precisamente la pérdida de la fortaleza a que nos hemos referido, con su estratégica posición a la entrada del más importante puerto mejicano, será una dificultad adicional importante con la que contar en la planificación de la expedición de reconquista que tendrá lugar en 1829 y que por ello deberá desembarcar en Tampico, en una situación menos favorable para iniciar las operaciones sobre la capital del estado.

En cualquier caso tanto esta expedición como otras que se planificaron, así como las demás actividades destinadas a la restauración de la soberanía española en la América continental –asunto éste en modo alguno exento de interés– excede con mucho los límites de este trabajo y deben sin duda contemplarse en un marco general que incluya las diferentes áreas del Continente.

Por lo demás pronto sufrirá el nuevo estado mejicano otras invasiones, algunas militares y otras de diferente carácter, esta vez procedentes de otro punto cardinal, como ya previeran algunos de los sostenedores de la causa realista.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALBI, J.: *La defensa de las Indias*. Madrid, 1987, pp. 94 y sigs.  
-----: *Banderas olvidadas*. Madrid, 1990.
- ALEMÁN, L.: *Historia de México*. Méjico, 1849.
- ANNA; Timothy E.: «El levantamiento de Iturbide», en *El imperio de Iturbide*. México, 1990.  
-----: *The fall of the royal government in Mexico*. Lincoln 1978.
- ARCHER, C.: *The army in Bourbon Mexico*. Albuquerque, 1977.
- BARRÓN, Mónica: *Iturbide y sus generales*. México, 2010.
- BENÍTEZ, José F.: *Historia gráfica de Nueva España*, pp. 207-208 y 283 sigs.
- FERNÁNDEZ DURO, C.: *La armada española*. Madrid, 1973, vol. IX (existen varias ediciones).
- FILISOLA, V.: *Memorias para la historia de la guerra de Texas*. Méjico, 1849.
- HAMNETT, Brian R.: *The roots of insurgency*. Cambridge, 1986.
- LADD, Doris M.: *The mexican nobility at Independence*. Austin, 1976.
- Marqués de las Amarillas: *Exposición del estado actual del Ejército español*. Madrid, 1820.
- MORENO GUTIÉRREZ, R.: «El orden de batalla del ejército iturbidista», en *La trigarancia*. México, 2016 (anexo).
- FERNÁNDEZ PASCUA, Delfina: *Últimos reductos españoles en América*. Madrid, 1992.
- WARREN, Harris Gaylord: *The sword was their Passport*. Baton Rouge, 1943.
- ZAVALA, Lorenzo de: *Ensayo histórico de las revoluciones de México* (tomo I), varias ediciones e.e. México, 1918.